

Todo lo que el secretario del obispo había contado era absolutamente exacto y no había ni un solo habitante de la ciudad que, por lo menos, no hubiese oído hablar de los incidentes que acompañaron al matrimonio del rico señor Lefrançois con la encantadora Florencia Guepín. La imprevista fortuna de aquella bonita joven al casarse con el hombre más rico del distrito había suscitado demasiadas envidias para que las lenguas no se ejercitasen á costa de los que así les daban ocupación. Si hubiera algo de qué acusar al secretario de monseñor Esperandieu, sería de haber sido muy indulgente en sus apreciaciones.

Pablo Daniel fué bien recibido al principio. Las personas á quienes Guepín había pedido consejo, se mostraron sin duda favorables á las pretensiones del joven profesor, porque éste fué

admitido como novio oficial, al terminar la semana. La alegría de Pablo, después de sus alternativas de esperanza y desesperación, fué casi sobrehumana. No podía creer su dicha á pesar de las seguridades de Guepín, de las lágrimas de su madre y de las sonrisas de su prometida. Era la entrada de la primavera y se convino en esperar á las vacaciones para verificar el enlace, idea muy razonable, porque así los jóvenes recién casados irían á pasar la luna de miel en Berthencourt, en la casita de la señora de Daniel, donde hallarían la tranquilidad que habría de requerir su dicha. Se evitaría además que la boda tomase un carácter oficial, puesto que todos los profesores y empleados del colegio estarían con sus familias. La resolución adoptada no ofrecía, pues, más que ventajas y, sin embargo, fué causa de todas las desdichas.

Hacia tres meses que Florencia y Daniel eran novios y ambos gozaban de la mayor alegría. Las dos familias estaban en una armonía perfecta y se reunían á comer tres veces á la semana. Todo marchaba lo mejor del mundo, el camino no tenía un obstáculo ni el cielo una nube, cuando la maldita casualidad quiso que una mañana á eso de las diez, Lefrançois, que estaba haciendo componer los pavimentos de su hotel, tuviera el capricho de ir personalmente á regañar á Guepín

por un defecto que había observado el día anterior. Entró en el taller, con aire mohino y sin llevarse siquiera la mano al sombrero, y ya empezaba á dirigirse con humos de superioridad al carpintero, cuando se abrió una puerta y se presentó la señorita Florencia.

Lefrançois se quedó mudo y como deslumbrado. Se descubrió instantáneamente y, haciendo punto á sus demostraciones de desagrado, preguntó al carpintero quién era aquella arrogante persona. « Es mi hija » respondió Guepín, encantado por aquella distracción, que le ahorraba la segunda mitad de la reprimenda. El banquero se mostró amable y afectuoso por primera vez en su vida; hizo á Florencia los cumplimientos más halagüeños y, como si no pudiese separarse de ella, se sentó sencillamente en un banco de carpintero y se puso á charlar con su contratista, él, que era tan orgulloso que jamás respondía más que sí ó no á sus subalternos.

Volvió al día siguiente, pero se molestó en balde, pues no tuvo la suerte de encontrar á la muchacha. Pero como necesitaba un pretexto para entrar de continuo en la casa, encargó á Guepín un armario muy complicado para las escopetas y dijo que quería vigilar él mismo su construcción. Desde entonces fué todos los días al taller y tuvo el gusto de ver de nuevo á Florencia. Guepín, que

no era tonto, se alarmó pronto por la asiduidad de su rico cliente, cuyas costumbres conocía. Sabía perfectamente que el banquero no concedía jamás nada sin saber por qué. Su familiaridad debía, pues, ser pagada en un momento dado como cualquiera otra cosa, pues no podía pensar que Lefrançois, á los cuarenta y cinco años y con su aspecto de tratante en ganados, tuviese la pretensión de seducir á Florencia. Era, sin embargo, claro que su cliente tenía algún proyecto y que éste no podía ser nada ventajoso para el prójimo. El carpintero creyó conveniente participar á Lefrançois los proyectos que tenía formados sobre su hija.

Una tarde en que el banquero estaba estudiando por la décima vez el plano del famoso mueble, que le daba ocasión de hacer una crítica destinada á alargar el trabajo de preparación para que la señorita Guepín animase con su intervención el debate, el carpintero dijo en tono taimado :

— Si yo fuese tan minucioso para el mobiliario de mi hija como usted para su armario, la pobre muchacha no podría casarse ni en dos años. Lefrançois cambió de color al oír esas palabras; hizo su gesto de los malos momentos y dijo mirando á su contratista como si se preparase á hacerle embargar :

— ¿ Qué es lo que oigo? ¿ Casa usted á la señorita Florencia.

— Sí, señor Lefrançois, tengo el honor de participárselo á usted.

— ¿Y con quién? preguntó el banquero, cuya voz se hizo amenazadora.

— Con el señor don Pablo Daniel, profesor de filosofía en el colegio de la ciudad. Es un hombre muy sabio, doctor y con todo lo que es preciso para llegar á las más altas funciones.

Lefrançois interrumpió á Guepín con una especie de silbido tan despreciativo que el carpintero se quedó confuso.

— ¿Un profesor? ¿Un desdichado profesorcillo de filosofía, ser marido de esta encantadora muchacha? dijo acompañando sus palabras con un gesto que hundía al novio hasta las entrañas de la tierra. ¡Un pedagogo tronado, pobre y sin porvenir! ¿Está usted loco, Guepín?

Era aquello tan claro, tan afirmativo, tan terminante, casi tan indiscutible, que el carpintero se quedó aplanado y tuvo como una repentina sospecha de que había hecho una tontería. Se puso silencioso, con los pies en las virutas, pensando: « Puede que el señor Lefrançois tenga razón. ¿Para qué apresurarse de este modo á casar á Florencia? ¿tanta prisa tenía de buscar la horma de su zapato para haber obrado tan de ligero? » El banquero, como si leyese en el pensamiento de su interlocutor, continuó:

— Es verdad que mientras no se han publicado las amonestaciones es como si nada se hubiera convenido y sólo hay negociaciones.

— ¡He autorizado al joven para cortejar á mi hija! exclamó Guepín, ya inquieto como si hubiera fuego en la casa.

— Pues bien, diga usted á la señorita Florencia que le contenga á cierta distancia. ¿Acaso á ella le gusta?

— No le es desagradable.

— ¿Y eso basta? Vamos, Guepín, usted está en un error, amigo mío, y ha emprendido un mal camino. Yo le encontraré á usted algo mejor que ese maestro de escuela, confíe en mí. ¡Una muchacha tan linda, casarse con ese hambrón! ¡Qué horror! ¡No lo permitiré!

La señorita Florencia no se dejó ver aquel día. Lefrançois salió del taller presa de una agitación singular y se volvió á su casa á grandes pasos. En aquel momento no había pensado todavía en casarse con Florencia. Estaba furiosamente enamorado de ella; en este punto no podía engañarse. Pero de esto á renunciar al celibato, que tanto convenía á su egoísmo, había mucha distancia. El banquero pensaba: « Casaré á la chiquilla con uno de mis arrendadores, con algún rico tratante en granos que sea mi tributario, y un día de vencimiento imprevisto ó algún fin de mes difícil, la

hermosa joven vendrá á pedirme un plazo ó un nuevo crédito. Así no saldrá de mi esfera de acción. Pero dejársela al profesor, ¡jamás! ¡Esa rubia codorniz no será para tal mirlo negro!...

Sin sospechar el peligro que corría su dicha, Pablo Daniel era feliz. Veía á Florencia todas las tardes en el jardinillo, cuando hacía buen tiempo, y cuando no, en el comedor de Guepín ó en casa de su madre. Si el joven profesor, con toda su filosofía, hubiese tenido algunas nociones de psicología práctica, hubiera podido estudiar el carácter de su futura, pero no pensaba más que en admirar su belleza. Florencia, sin embargo, no disimulaba con él y se mostraba sin artificio tal como la naturaleza y la educación la habían hecho, muy engreída con su hermosura, muy fútil en sus gustos, extraordinariamente coqueta y capaz de todos los sacrificios por brillar. No mala, por otra parte, muy tierna y dispuesta á la generosidad.

La perspectiva de ser la mujer de un profesor, es decir, de un *caballero* no le desagradaba. Había siempre temido tener que casarse con un artesano ó con un labrador y arrastrar una vida insípida en el fondo de una tienda ó en un rincón de una granja, para no agradecer á Daniel que la asegurase una condición más elevada. No podía olvidar que había visto un día á los profesores del colegio que pasaban en coche y vestidos de toga y birre-

te, para hacer al prefecto la visita del día primero de año, y que aquellos señores de traje talar le habían parecido unos altos personajes. Sería, pues, la esposa de uno de ellos que no era viejo, ni feo, ni desagradable, que parecía adorarla y que decía estar pronto á hacer toda clase de esfuerzos para escalar un rango elevado y hacer brillar en él á la que llevara su nombre.

Hay que convenir en que este era un hermoso sueño para la hija de Guepín y en que el mago que iba á realizar esas halagüenas ilusiones merecía ser bien recibido. La pasión de Daniel, por otra parte, aumentaba con el tiempo y amenazaba degenerar en locura á poco que se prolongasen los plazos exigidos por su madre y por el padre de su prometida. En este estado se hallaban las cosas cuando la visita de Lefrançois enfrió de repente el entusiasmo de Guepín. Un avaro á quien se hubiera prometido dar cinco monedas de oro y después observase que se las habían dado falsas, no hubiera experimentado una turbación mayor que la que sintió el carpintero cuando su rico cliente rebajó con tanto desdén al yerno á quien él mimaba tan respetuosamente. Para que un hombre como el señor Lefrançois, que conocía la sociedad, formulase un juicio tan categórico sobre Daniel, era preciso que la posición social de los profesores fuese en realidad muy mediana,

ó acaso que los encantos de Florencia valiesen más de lo que él había imaginado en su paternal sencillez.

En todo caso, convenía no hacer una simpleza metiéndose á cierra ojos en una aventura que podría deplorar un día muy amargamente. Lo primero era prevenir á Florencia y, sin abrirle por completo los ojos sobre los defectos que el señor Lefrançois encontraba al enlace proyectado, ponerla en estado de reflexionar y de no comprometerse seriamente. Guepín no era un gran diplomático. Toda su malicia había consistido hasta entonces en aumentar sus precios en un treinta por ciento á fin de ganar lo más posible, dentro de las costumbres de su profesión. Sabía que antes de hablar hay que mirar siete veces lo que se va á decir, pero no ignoraba tampoco que nada en el mundo es tan difícil como callarse cuando se tiene que decir alguna cosa.

Así, no hacía dos minutos que se había sentado á la mesa con su hija para tomar el desayuno, cuando Florencia sabía ya que el señor Lefrançois no encontraba que el matrimonio que se preparaba fuese tan brillante y que se proponía presentar un candidato que eclipsara los méritos del profesor de filosofía. Bueno es hacer constar que el primer ímpetu de la señorita Guepín fué bueno. Enrojeció de indignación y replicó que el señor Le-

françois era muy descarado al meterse de ese modo en lo que no le interesaba, pues ni era pariente ni siquiera amigo para intervenir en tal asunto. Dijo que era muy fácil hablar maí de las personas y poner peros á los planes mejor concebidos, pero que no era tan cómodo presentar combinaciones mejores ni estar él mismo á la altura de los que trataba de desacreditar. Se mostró tan viva, tan altanera, tan terminante, que Guepín quedó impresionado por los razonamientos de su hija tanto como antes lo había quedado por las críticas de su cliente, y convino con Florencia en que Lefrançois era un impertinente. Aquel día hizo la mejor acogida á su futuro yerno, pero observó con sorpresa que su hija estaba más reservada que de costumbre. El carpintero no pensó más en lo que Lefrançois le había dicho, mientras que Florencia, por el contrario, empezaba á reflexionar sobre ello muy seriamente.

En el espíritu de la joven empezó á realizarse una singular evolución. Las ideas sembradas en él por su padre germinaron poco á poco y empezaron á turbarle. Después de haber cedido á la irritación de ver á un extraño vituperar un proyecto admitido por ella, analizó el valor de esas críticas y empezó á dudar de si serían fundadas. En lo que había ocurrido existía algo muy halagador para ella, que era la opinión del señor Lefrançois

30652

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTORREY, MEXICO

reconociendo la superioridad de la joven sobre su prometido. La adulación es siempre dulce, aunque tome forma de oposición.

El cambio que se produjo en la mente de la joven influyó en seguida en sus relaciones con Daniel. Sin que ella misma se lo propusiera, la ligera frialdad que se observó en su modo de ser fué observada por el enamorado y le alarmó profundamente, pues tuvo la intuición de que se estaba produciendo un cambio que no le era ventajoso. No se atrevió á interrogar á Florencia, porque para los corazones sensibles la ilusión es preciosa y permaneciendo en la ignorancia de lo que temen, tienen derecho á creer que se engañan. Estas reflexiones le helaron, y cuando hubiera sido preciso que redoblase su ardor para convencer é impulsar á la muchacha, no supo mostrarla más que una cara preocupada ni hacerla oír sino palabras embozadas. Al separarse aquel día tuvieron que esforzarse para sonreír y si un extraño hubiera asistido á su despedida no hubiera dudado de que el lazo que los unía estaba muy relajado, si no roto.

Por la noche Florencia y su padre tuvieron una conversación muy seria cuyo resultado fué que la señorita Guepín se fué á un pueblecillo próximo para visitar á una tía suya que hacía tiempo la estaba invitando. Cuando al otro día,

por la tarde, Daniel, de vuelta de su lección al hijo del prefecto, se detuvo como siempre en la planta baja de su casa y preguntó á la criada: « ¿Está la señorita?, la respuesta sin ambages de aquella mujer, que no estaba en el secreto de sus amos: « La señorita está de viaje », dió al enamorado un rudo golpe en el corazón. Se quedó un momento mirando á la doméstica, temblándole las piernas y con la vista extraviada, pero el deseo de saber lo que ocurría le impulsó hacia adelante y entró en el taller.

Guepín, que le había visto por la vidriera, estaba rumiando la explicación que había preparado, pero no se encontraba tranquilo, porque presenciaba una viva controversia con un personaje de lengua tan suelta como el señor profesor. No contaba con la emoción que paralizaba las facultades de Daniel y que le impedía pesar las palabras que debía pronunciar. La cándida pregunta que le dirigió el prometido de su hija hubiera podido iluminarle sobre la debilidad de su adversario é inspirarle lástima en vez de temor. El desdichado Daniel no supo más que exclamar:

— Pero, Dios mío, señor Guepín, ¿la señorita Florencia ha partido?

El carpintero estuvo á la altura de su interlocutor al responder:

— ¡Sí, amigo mío, sí, ha partido!

Después de lo cual permanecieron ambos mudos, el uno enfrente del otro, Daniel alterado por la desesperación y Guepín oprimido por el silencio. El joven, por último, hizo un esfuerzo y añadió:

— Pero... ¿volverá?

— Naturalmente, respondió el padre, pero no antes de ocho días. Se trata de una tía suya á quien debe heredar y es preciso no contrariarla.

Aquella era la explicación que tenía preparada, pero el enamorado no hizo gran caso de ella. Lo claro era que no vería á Florencia en ocho días y que durante ese tiempo iba á vivir como un cuerpo sin alma. Sin preguntar nada más á Guepín, le dirigió una despedida melancólica y subió á su casa, donde obsequió á su madre con todas las alarmadas lamentaciones que le sugirió su pena. Era evidente para él que aquella partida tan repentina ocultaba para él alguna traición. ¿Por qué no le había noticiado Florencia su viaje, puesto que se veían todos los días? ¿Acaso no sabía el día anterior que debía partir aquella misma mañana? ¿Qué había, entonces, pasado que hiciese precisa tal ausencia? ¿Á no estar ciego ó ser estúpido, había que ver en esa fuga una modificación completa de la situación. Y esa modificación ¿qué podía ser sino la ruptura?

Impulsado por la lógica de su desesperación,

Daniel llegaba á descubrir la verdad. Pero ¿qué podía responder su madre á aquellos razonamientos irritados? La buena mujer no sabía ni comprendía nada. Era inverosímil que la familia Guepín faltase á unos compromisos adquiridos con satisfacción y hasta con orgullo. Pablo era hoy el mismo que ayer; nada había cambiado en lo que á él se refería. ¿Por qué, entonces, cómo y con qué pretexto había de efectuarse una ruptura? Lo que decía la madre de Daniel era claro y exacto y no tenía réplica, pero esto mismo exasperaba más aún á su hijo. Para este hombre, acostumbrado á comprenderlo todo por profesión, aquella situación incomprensible era un motivo de estupor y de cólera. La imperturbable confianza que su madre oponía á sus accesos de desesperación irritaba de tal modo á Daniel, que siendo, como él era, el hombre más aficionado del mundo á estar en su casa, pasó fuera la mayor parte de aquellos días. Se iba á sentar á la orilla del Therain para ver correr el agua, y los pescadores de caña se preguntaban, inquietos, qué iba á hacer allí aquel desocupado que ni siquiera tenía el pensamiento de arrojar un anzuelo á la corriente.

Un día que se paseaba muy pensativo, sintió que una mano le tocaba en el hombro. Se volvió vivamente y lanzó una exclamación de sorpresa al

encontrarse de manos á boca con su amigo Letourneur.

— ¿Adónde vas así, hecho una etcétera? preguntó á Daniel como si le hubiera visto el día antes. ¡Tienes el aspecto de estar dado á todos los demonios!

— Yo no soy alegre, dijo Pablo. Además tengo contrariedades.

— ¿Por qué?

— Porque no puedo evitármelas. Comprenderás que no es por mi gusto.

— Cuéntame tus cuitas.

Se cogieron del brazo, como en el tiempo de su mayor familiaridad, y el joven profesor, sin pensar ni un instante en ocultar nada al que tenía lá costumbre de mirar como un hermano, contó á Bernardo lo que le sucedía. El muchachón escuchó con gravedad y no sin emoción el relato de su amigo. Le veía desgraciado y le compadecía sinceramente. Menos cándido que Pablo, adivinaba las causas del cambio de frente de la familia Guepín y veía una ingerencia extraña, acaso nuevas proposiciones más ventajosas que harían suplantar á Daniel. Le apareció clara la política á la vez inocente y canallesca de Guepín y pensó: « Mi pobre amigo va á ser víctima de esa gente. Es objeto de un regateo del que no tiene la más mínima idea. Puede que aún sea tiempo de detener

las cosas si la muchacha está enamorada de él. Es evidente que la han hecho alejarse para impedir que diga ó haga confidencias. Está en casa de su tía y sería preciso que Pablo fuese allí á buscarla, para hablar con ella, aprovechar un instante de sorpresa y de emoción y obtener una confirmación de sus promesas. Pero no creo que se decida jamás á ir, ni que, aun decidiéndose, salga adelante con su empresa. Será preciso que yo le lleve. » Daniel, inquietó por el silencio de su amigo, le miraba con ojos extraviados.

— Pues bien, querido Pablo, dijo resueltamente Bernardo, no se trata de permanecer aquí manejando la lengua. Hay que ir á buscar á tu novia, pues no puedes esperar que te la traigan. Te han hablado de ocho días; cuenta con que serán quince. Esos son plazos de carpintero que jamás son exactos. Si quieres un buen consejo, toma el tren y vete á casa de la tía.

— Pero ¿que dirá esa señora?

— Que diga lo que quiera.

— ¿Y Florencia?

— Si se alegra, mejor para ti. Si se enfada, sabrás al menos á qué atenerte. Todo es preferible á la indecisión en que vives.

Daniel no tenía necesidad de que le animasen para ir. Siguió el consejo de Bernardo, pero le rogó que le acompañase, y éste, curioso por conocer á

la hermosa que tal mella había hecho en el pensamiento del prudente Pablo, accedió á partir con él. Á eso de las cuatro bajaron en una pequeña estación y tras un corto paseo llegaron á casa de la tía de Florencia. Era la tal una rentista de aldea que vivía entre sus gatos y su criada; una mujer egoísta que no deseaba en modo alguno recibir la visita de su sobrina y sólo por política y por decir algo manifestaba en sus cartas la pena de no abrazar á Florencia. Al encontrarse con que tenía que dar hospitalidad á la joven durante ocho días, se quedó aturdida al principio, después muy fastidiada y por último bastante conforme con la visita. Después de examinar á la muchacha, la encontró encantadora y además halló muy de su gusto la emoción que su llegada produjo en el pueblo. Venía la gente á verla como un objeto curioso y todo era felicitaciones á la vieja, que se veía tratada, de pronto, como un personaje. Cuál fué, pues, su agitación cuando una tarde, entró la criada gritando:

— ¡Señora, dos caballeros de la ciudad, que preguntan por la señorita!

Florencia no estaba lejos y tenía el oído fino, porque apareció instantáneamente en la sala, á punto para recibir á Pablo y Bernardo que entraban en aquel momento.

Sería aventurado jurar que la joven esperaba

precisamente á su prometido. Más bien pensaba que llegaría algún príncipe conducido hasta ella por el señor Lefrançois, pues desde las confidencias de su padre soñaba con sorpresas extraordinarias. La que le deparaba el destino la emocionó un poco y Florencia se quedó cortada en presencia de los jóvenes. Se dejó, sin embargo, coger la mano por el profesor y esperó que le presentase á Bernardo Letourneur, cuyo aspecto de fuerza, buenas formas y aire de seguridad admiró en seguida.

— Señorita, dijo el amigo de Daniel, le traigo á usted un pobre muchacho á quien su partida ha sumido en la mayor desolación, lo que me explico perfectamente viendo á usted.

Florencia se sonrojó mirando á Daniel y respondió evasivamente:

— No hay que guardarme rencor; no he hecho más que obedecer á mi padre.

La respuesta ofrecía materia de reflexión y cualquiera que hubiese tenido sangre fría no hubiera dejado de preguntar por qué el señor Guepín había querido alejar á su hija. Pero la presencia de la mujer amada enloqueció en cierto modo á Pablo, que no pensó sino en mirarla, en cogerle las manos y, sobre todo, en conducirla á un jardín que se presentaba á su vista, muy á propósito para las confidencias. Florencia, que prefería sin duda no entrar en explicaciones sino á solas con su

prometido, consintió en ir y dejó egoístamente á Bernardo con la tía, que estaba encantada de hacer los honores de la casa á tan apuesto caballero. Ahora bien, mientras el cándido Daniel se dejaba contar por la señorita Guepín todo lo que ella quiso hacerle creer, al astuto Letourneur se le puso en la cabeza hacer hablar á la vieja y sacarle la verdad que hubiera en el caso de su sobrina.

Tan bien se las compuso, que no habían pasado veinte minutos cuando, por medio de preguntas hábilmente formuladas, tenía la certidumbre de que Guepín estaba decidido á no realizar el matrimonio de su hija con el profesor de filosofía, aun creyendo esa unión muy aceptable, porque le habían ofrecido un yerno más ventajoso. La estancia de Florencia en casa de su tía tenía sencillamente por objeto interrumpir las relaciones diarias de los dos jóvenes y preparar una ruptura amistosa. La buena mujer lamentó mucho la triste suerte de aquel pobre joven, que parecía tan honrado, y condenó la doblez del carpintero « que era, por otra parte, muy poco recto naturalmente y no había hecho á su difunta todo lo feliz que ella merecía ». No tuvo inconveniente en insinuar que se achispaba un poco, lo que era cierto, y que por consecuencia no era siempre dueño de su cabeza. Refiriéndose á Florencia, dijo que era una alhaja, una verdadera perla, que merecía

casarse con un príncipe, aquel príncipe soñado por la joven y que mezclado confusamente en sus confidencias á la tía, venía á punto para explicar la traición.

Bernardo quiso obtener de la tía revelaciones más precisas, pero como nada sabía, nada pudo decir la vieja. Además las horas pasaban y los prometidos abandonaron el jardín y entraron en la casa perfectamente de acuerdo en apariencia. La hermosa Florencia había prodigado á su novio las seguridades más satisfactorias y prometídole volver á Beaumont hacia el fin de la semana. Como todo estaba en esperar tres días, Daniel se conformó con el plazo y después de algunos cumplimientos á la tía, tomó con su amigo el camino de la estación, á fin de reparar en lo posible el efecto, que él juzgaba malo, de su visita inesperada.

Iba tan contento, que á Bernardo le daba lástima comunicarle sus apreciaciones sobre la actitud de su novia y las confidencias de la tía. Esperó que partiese el tren é hizo á su amigo algunas preguntas que parecieron á Pablo tan anormales que su alegre serenidad se trocó en repentina inquietud.

— En resumen, ¿qué te ha dicho tu novia mientras os paseabais por el jardín?

— Me ha dicho que su padre la había exigido que fuese á ver á su tía, que es su único pariente

y á quien debe heredar, para disponerla bien acerca de mí...

— ¡Bah! ¿Y crees que hacían falta ocho días para obtener ese resultado? ¿Piensas, sobre todo, que era indispensable no prevenírtelo?

Las sospechas de Daniel, disipadas por la alegría de la entrevista, reaparecieron más apremiantes y más numerosas. Se encontró lo mismo que á su salida de Beaumont, antes de haber conversado una hora con Florencia, y reconoció que era enormemente crédulo y que la señorita Guepín tenía todo el aspecto de no haberle dicho más que lo que había querido hacerle tragar. Bernardo no le dejó duda ninguna sobre esto, porque prosiguió :

— Mientras tu charlabas, deshojando margaritas con esa bonita rubia, porque no se puede negar que es preciosa, yo sacaba las palabras del cuerpo á la grulla de su tía y la hacía confesarme candorosamente que el borracho del carpintero, porque has de saber que tu falso suegro tiene la fea costumbre de empinar el codo, tiene en cartera un candidato nuevo con el que no puedes tú compararte y que por su situación pondrá á su mujer á la altura de lo más encopetado de la provincia. Si se tratara del vizconde de Perceval, que tiene trescientos mil francos de renta y el título de marqués, ó del barón de Larmoise, que posee caballos de carreras, ó de Goguelat el senador, no

se hubiera dado la vieja más importancia. Pero todo esto importa poco; lo que hay que tener en cuenta es que estás desbancado, que se están sirviendo de ti como cebo para pescar un brillante pretendiente y que esa chiquilla, si no andas listo, se te va á escapar.

Daniel cayó en un silencio sombrío. La hipocresía le daba horror. No comprendía que se pudiese mentir durante una hora y tenía, sin embargo, la prueba de que era posible. Florencia no había hecho más que abusar de su confianza y de su ternura y amontonar mentiras y falsedades. El infeliz joven dijo con voz ahogada :

— ¿Cómo creer en semejante infamia? Habría que dudar de todo.

— ¡Ah! pobre amigo mío, en este mundo no hay que creer en muchas cosas, ni, sobre todo, en la franqueza ni en la fidelidad de las mujeres. ¿Qué querías que te respondiese esa guapa muchacha cuando le asegurabas que tu amor sería eterno? ¿Que había dado palabra á otro pretendiente? ¿Era eso posible? Tenía fatalmente que engañarte y que mentir. Era una necesidad de su situación y á esas necesidades obedecen siempre las mujeres, primero porque es su interés y después porque es su gusto. La mujer miente como el pájaro vuela, naturalmente. Hay que ser profesor de filosofía y estar atiforrado de Spinoza hasta encima

del pelo, para no saber estas verdades elementales. Y aun nos contaban en el colegio que el mismo Spinoza tuvo disgustos como este tuyo; conque ya ves que en tiempo de Luis XIV eran así ya las cosas.

Bernardo perdía el tiempo razonando con Daniel, porque éste no le escuchaba. Absorbido por una profunda meditación, inclinó la cabeza sobre el pecho mientras que la palidez de su semblante y la contracción de su boca indicaban la amargura de sus pensamientos. Incrustado en un rincón del compartimiento, con la mirada vaga y las manos inertes, permaneció en la misma postración hasta Beaumont. Bajó del tren sin haber pronunciado una palabra y se dejó conducir por su amigo, que empezaba á inquietarse por aquel mutismo. Para el robusto y expansivo Bernardo todo lo que fuese silencio y continencia resultaba inexplicable. No podía comprender las penas sin gritos ni el dolor sin agitación. Si él hubiera sido infeliz ó estado celoso, hubiera herido y acaso matado, pero no hubiera permanecido postrado y sombrío.

Condujo á Pablo á casa de su madre, contó á grandes rasgos á la buena mujer los infortunios que aquejaban á su hijo y se marchó prometiendo volver al día siguiente á saber en qué estado de espíritu se encontraba su amigo. Una vez solo con su madre, nuestro enamorado se sintió más tranquilo. La presencia de Bernardo se le hacía inso-

portable, hasta el punto de que aquel testigo de su desgracia había doblado la intensidad de la desgracia misma. Su compasión, sus explicaciones y sus teorías pesaban sobre Daniel hasta aniquilarle y prefería no reflexionar, mejor que aplicar su reflexión á ideas tan bajas como las que emitía Bernardo. Toda aquella mezcla de materialismo vividor y de cínica experiencia le sublevaban de repugnancia. Experimentó cierto alivio al verse solo en su casa y al lado de su madre, que no le hablaba pero le seguía tiernamente con mirada inquieta. Pudo al fin expresar lo que sentía y lo hizo en términos razonables y mesurados. Entonces su madre le interrogó tranquilamente y hablaron con dulzura y tristeza.

— Lo que no comprendo, dijo la buena señora, es que nuestro vecino haya cambiado tan completamente de modo de pensar. ¿Cómo es que le parece ahora despreciable lo que encontraba excelente hace tres meses? Será preciso tener una entrevista con él, aunque no sea más que para conocer sus razones; pues debe tenerlas, buenas ó malas.

— No hay otras más que el interés, la más fuerte de todas, la que es imposible resistir sin mucha virtud, y no creo á Guepín muy virtuoso. Á creer lo que ha dicho la tía, el padre de Florencia está soliviantado por no sé quién y espera

casar á su hija con un príncipe. Debe haber en esto exageración, pero el fondo es evidentemente cierto; nuestro vecino tiene la firme intención de faltar á sus compromisos con nosotros.

La viuda de Daniel, obstinada y formalista, se sublevó ante esa afirmación y como si se tratase de un derecho lesionado de los que exigen el uso del papel sellado, dijo en tono amenazador:

— ¡Pues bien, lo veremos! ¡No hay que burlarse así de las personas!

— ¿Qué espera usted, querida madre? Si Guepín está decidido á faltar á su palabra, nada le hará cumplirla. No hay reparación posible para el mal que me ha hecho, puesto que no se trata de perjuicios materiales. Sólo hay que saber si su hija está en connivencia con él, como cree Bernardo, ó si ignora lo que se prepara como espero yo todavía contra toda verosimilitud.

— Habrá que preguntárselo. Una conversación oportuna con el padre nos hará saber los sentimientos de la hija. Lo primero es no dejarse burlar. Y, bien pensado, acaso sea una gran dicha para ti el no casarte con esa muchacha que es vana y coqueta y pensará más en componerse que en arreglar tu casa.

— El mal está en que la amo.

— ¡Bah! Más vale sufrir por no casarse con la mujer amada que por haberse casado con una

mala mujer. El primer sufrimiento dura algún tiempo; el segundo toda la vida.

El joven bajó la cabeza no encontrando nada que oponer á los argumentos de su madre. Estaban éstos fundados en la lógica de las personas sencillas, que es incontrovertible. Ningún razonamiento podía prevalecer contra el buen sentido popular de aquella madre, y Daniel, tan superior á ella en instrucción, no trató siquiera de discutir. Sí, si Florencia era pérfida y ligera, más valía separarse de ella, con lo que se ahorrarían dolores más profundos. ¿Pero cómo comunicar esta prudecia á un enamorado? En el momento en que parecía conforme con su suerte, Daniel no pensaba sino en volver á ver á Florencia para reconquistarla y guardarla para sí triunfalmente.

Guepín comenzaba, por entonces, á arrepentirse de haber dado oídos al señor Lefrançois y de haber roto con Daniel sin tener otro yerno debajo del brazo. Las promesas del banquero eran tentadoras pero no valían lo que una realidad y la realidad era Daniel, que quería casarse. El viejo pensaba: « ¿Qué voy á hacer con mi hija en la carpintería? ¡Me estorba enormemente! Tengo que ocuparme de ella y eso no es una tarea de obrero. El profesor se la llevaba para hacer de ella una señora, y el otro, con sus razonamientos, temo que me haya inducido á obrar contra mis

intereses. Ya es tiempo de que se explique y de que, si tiene un buen partido, le presente.»

Pero el señor Lefrançois no parecía por el taller desde que Florencia no estaba en casa de su padre y Guerin tomó el partido de ir á buscarle á su despacho. Fué recibido después de una espera de más de un cuarto de hora en compañía de varias personas con aspecto de desgraciadas y que se echaban mutuas miradas de desconfianza como si temiesen que el primero que pasara agotase la caja de modo que no quedase dinero que prestar á un interés razonable. Guepín entró antes que todos, gracias al prestigio de Florencia, pues no era cosa de tratar al padre de tan hermosa muchacha como á los labradores necesitados de la vega. Lefrançois, sin embargo, agotó toda su amabilidad en ese acto de deferencia, porque no se levantó para recibir á Guepín y señalándole con un dedo seco y afilado una banqueta de madera que tenía al lado de su mesa, con destino á sus víctimas, le dijo:

— Buenos días... Siéntese usted. ¿Qué le trae por aquí?

El carpintero se encontró muy embarazado para responder. Arrugó la gorra entre las manos, se contempló las zapatillas de orillo con apasionado interés y se calló, aturdido por la dificultad de formular su reclamación.

— Vamos á ver, ¿qué quiere usted? continuó más bruscamente Lefrançois. ¿Ha perdido usted la lengua en el camino? ¿Tiene, acaso, necesidad de dinero? Yo le debo algo....

— No, señor Lefrançois, dijo Guepín, repuesto de su embrutecimiento por aquella pregunta á la que podía responder. No, no necesito nada.... Vengo por mi hija....

— ¿Cómo? ¿Qué le sucede á su hija de usted? dijo Lefrançois, cuya cara enrojació como por encanto.

— No le sucede nada, gracias á Dios, señor Lefrançois. Está en casa de su tía como usted me aconsejó....

— Bueno, ¿y qué?

— Que ya no tengo yerno, desde que usted me hizo romper con el profesor.

— Guepín, nada de absurdos si á usted le parece. Me he limitado á probarle que su hija vale más que la posición que se le preparaba.... Usted ha hecho lo que ha querido.

Al oír aquella respuesta astuta, Guepín entró en completa posesión de sí mismo, alzó los ojos hasta su rico cliente y dijo con su voz de borracho, bronca y pesada:

— Puesto que es así, y una vez que no he de hacer más que lo que quiera, voy á reanudar mis tratos con el señor Daniel, que es un guapo y

honrado muchacho. ¡Esto es lo que yo quiero!

Lefrançois se levantó en el acto y dijo mirando con cólera á Guepín.

— ¿Pero está usted rabioso por casarla? ¡No tiene más que diez y siete años y puede esperar, ¡qué diablo! Yo encontraré un marido para ella.... Se lo aseguro.

— Más vale un toma que dos te daré, como dijo el otro, replicó el carpintero que sentía crecer su autoridad. No puedo dejar más tiempo á mi hija en casa de su tía; tiene que volver á Beaumont y no quiero que vuelva como una muchacha desdeñada.

— Pues bien, escuche usted, dijo el banquero. Mi colono de Noiremont, Fricher, un buen muchacho de treinta años, bien establecido y con buen porvenir, porque conoce su oficio, quiere casarse....

Guepín palideció de cólera, pues sospechó que Lefrançois se burlaba de él. Se levantó también y dijo golpeando en la mesa de despacho:

— ¡Su colono de usted! Pero ¿usted cree que mi hija ha venido al mundo para casarse con un criado? ¡Su colono de usted! ¿Por qué no ha dicho usted con el que cuida las vacas?... ¡Bonito negocio! ¿Y es usted el que rebajaba á mi yerno, un caballero, que vale al menos tanto como usted, para proponerme un ganapán?

— ¡Haga usted el favor de callarse! replicó bruscamente Lefrançois. En mi casa no se grita....

— Excepto cuando es uno despellejado en ella, respondió con insolencia Guepín. En la antesala estaban conmigo unas personas que no tenían aspecto de venir aquí de muy buena gana ni de reír al marcharse. ¿Me va usted á escoger un yerno entre esa gente? ¡Muchas gracias! Mi hija no está para ellos.

— Guepín, siéntese usted y escuche.

— No, no, ya tengo bastante, exclamó el carpintero fuera de sí. Después de todo, yo no necesito á nadie. Mis negocios van perfectamente y mi hija es la muchacha más bonita de la ciudad; usted mismo me lo ha dicho. No veo por qué he de dejarme humillar...

Lefrançois cogió á Guepín por el cuello de la chaqueta y dijo sacudiéndole:

— Testarudo, ¿quiere usted escucharme alguna vez? Le digo que yo casaré á su Florencia... Sí, y mejor que lo haría usted mismo. ¡Pero hay que tener un poco de paciencia, qué diablo! Déjeme usted buscar y, en todo caso, no reanude relaciones con el profesor... ¿Me lo promete usted?

Guepín levantó con orgullo su astuta cabeza y gozando al ver al poderoso banquero reducido á implorarle, respondió:

— Señor Lefrançois, hoy es jueves: le doy á

usted hasta el lunes y eso porque es usted mi parroquiano. Si el lunes no me cumple lo ofrecido, yo sabré lo que tengo que hacer.

Lefrançois tuvo una recaída de rabia orgullosa al oír al carpintero hablarle en aquel tono y en su mismo despacho.

— Ya se está usted largando de aquí, viejo idiota, exclamó. Buena suerte tiene usted en que su hija sea tan bonita, porque, si no, le haría salir de aquí de buenísima gana á puntapiés, para enseñarle á ser bien educado, viejo borracho.

Al oírse tratar de este modo, Guepín recobró el sentimiento de las distancias; se inclinó ante el banquero y dijo con humilde mirada:

— Dispénseme usted, señor Lefrançois, que me haya dejado arrebatado hasta desagradarle... Yo soy siempre su respetuoso servidor...

— ¡Ah! En hora buena, gruñó Lefrançois. Ahora largo de aquí... Me está usted haciendo perder el tiempo con sus majaderías. Hasta el lunes.

Le empujó hacia la puerta, donde le dejó en poder del mozo de despacho, y volvió á entrar murmurando, lo que no era de buen augurio para los pobres diablos que esperaban vez para entrar en el cuarto del banquero.

III

Dos días después del de la visita recibida por Florencia en casa de su tía, estaba la joven muy ocupada en limpiar los rosales del jardinillo, cuando vió aparecer por encima de la cerca una mano que empuñaba un grueso ramo de flores silvestres y oyó la voz de Pablo Daniel que decía:

— Buenos días, señorita Florencia, ¿quiere usted abrirme la puerta para que hablemos?

La hermosa rubia cogió el ramo con graciosa sonrisa y, sin emoción aparente, siguió la tapia hasta la cancela de madera que daba á la calleja en que estaba el enamorado, descorrió el mohoso cerrojo y dijo:

— Entre usted, señor Daniel.

Pablo la miró á la intensa claridad de aquella luminosa mañana, para buscar la huella de sus falsedades en sus puros ojos negros y en su blanca